Julio 28

RICARDO CABALLERO.

SUSPIROS

Y

CANTARES.

12, 6ª 4ª
Ley 1947

CARTAGENA:
p. y lit. de L. MONTELLS, Mayor-24 y Honda-31.

1868.

3273

29-7ª (bis) 647-1402

Cuarta

3273

SUSPIROS Y CANTARES.

SUSPIROS Y CANTARES.

Ricardo Caballero
y Martínez

Es propiedad de su autor.

SUSPIROS

Y

CANTARES,

POR

RICARDO CABALLERO Y MARTINEZ.

CARTAGENA:
Imp. y lit. de L. MONTELLS, Mayor-24 y Honda-31.

1868.

AL LECTOR.

Un libro te presento, caro lector, que deseo merezca tu bondadosa acogida; son páginas sencillas del libro de mi existencia; hojéalas, pues, y verás en ellas reflejarse los dulces ensueños de la mente y las gratas impresiones del corazon.

Recuerdos, esperanzas, sueños, esto es lo que constituye nuestra vida que se agita en el dolor que la consume y se siente renovar al aspirar algunos momentos de dicha soñada. Luces y sombras, risas y lágrimas, **SUSPIROS Y CANTARES.** Esta la modesta obra que hoy te ofrece

EL AUTOR.

AL LECTOR.

Á NTRA. SRA. DE LA CARIDAD.

(IMPROVISACION.)

(Publicada en el Eco de Cartagena el dia 25 Noviembre de 1865.)

Madre de Caridad, Reina y Señora,
tú que amorosa desde el almo cielo
las lágrimas enjugas del que llora,
tú que viertes raudales de consuelo,
esperanza divina del que implora
tu dulce intercesion para su duelo:

à tí, Vírgen piadosa, humilde envia
sus cánticos de amor la lira mia.

—

Un tiempo fué, Señora, en que el espanto
el ánimo embargó; tristes despojos,
cruel desolacion, luto, quebranto,
doquier miraron los llorosos ojos;
tendió la muerte de crespon su manto;
trocáronse las flores en abrojos,
y así perdiendo la apacible calma
se halló oprimida de dolor el alma.

—

¡Oh, qué tiempo de afan!: allí un anciano
espira de sus hijos rodeado;
aquí una madre llora, allá un hermano;
y el huérfano que queda abandonado,
y la esposa infeliz á que inhumano
hado arrancó su porvenir amado,
trocados miran sus risueños dias
en triste lloro, y en cenizas frias.

—

En medio del amargo desconsuelo
que siente el corazon, doliente el alma
alzò ferviente su oracion al cielo,
en él hallando lenitivo y calma;

pues tú de Caridad, feliz consuelo,
luz del cristiano, de las reinas palma,
mitigas, celestial madre de amores,
de tus hijos la pena y los dolores.

—

Porque tú, gran Señora, el dulce nombre
de Madre nuestra recibiste un dia
al pié de aquella cruz en que el Dios-hombre
al morir nuestras culpas redimia;
porque plugo al Señor que al mundo asombre
el celestial amparo de Maria,
del mortal en la hora postrimera
haciéndola por siempre medianera.

—

Por eso Cartagena en su quebranto
te invocó con el alma contristada;
y tú piadosa de su acerbo llanto,
dirigiste al Eterno la mirada;
merced á ese tu ruego sacrosanto
recobramos la paz tan deseada,
que ráuda con la Fé bajó del cielo
trayéndonos salud para consuelo.

—

Y pues que libre se contempla ahora
de horrenda plaga que inundó sañuda

sus muros de dolor, deja, Señora,
que religiosa hasta tu templo acuda.
A darte gracias va; hoy tambien llora,
pero es de gratitud; de ti no duda,
y ferviente oracion por eso eleva
postrada ante tu altar de amor en prueba.

—

¡Acoge sus plegarias, Vírgen pura!
¡tú su esperanza eres!: ¡tú su guía!
¡tú hiciste renaciese la ventura
que otro tiempo espandió la pátria mia!
¡Escucha nuestra voz desde la altura
donde tu trono asientas, oh Maria,
y sigue siendo el luminoso faro
donde encuentre el mortal su dulce amparo!

LÁGRIMAS DE AMOR.

Si vés cruzar por el monte
un errante peregrino
sin mas guia en su camino
que su constante dolor,

y le recuerdas, AURORA,
delicias de un bien pasado;
¿no verterá el desgraciado
una lágrima de amor?

—

Si al pié de un olmo gigante,
una zagala llorando
vés, en amores pensando,
y cubierta de rubor,
no le preguntes AURORA
la causa de su quebranto,
y deja que enjugue en tanto
esas lágrimas de amor.

—

Aquel que en suelo estrangero
recuerda sus ilusiones
y el fuego de las pasiones
presta á su pecho calor,
y vé la esperanza muerta
del objeto que bien ama,
tambien, AURORA, derrama
una lágrima de amor.

—

La madre que vé á su hijo
partir á lejana tierra

porque hacen falta en la guerra
corazones de valor;
despues que el hijo se ausenta,
¿no tiene contínuamente
de sus pupilas pendiente
una lágrima de amor?

—

Y yo, que creo mirarte
divagando bella, pura,
por la márgen del SEGURA
con tu virginal candor,
te mando un tierno suspiro
del alma espresion sencilla,
mientras surca mi mejilla
una lágrima de amor.

UN SUEÑO.

Soñé que en la ribera
del plácido Segura,
cantando mis amores
calmaba mi dolor.
Soñé que mis cantares

llevaba el aura pura,
á la modesta vírgen
de célica hermosura,
que derramó en mi pecho
el fuego del amor.

—

Soñé que asi cantaba:
¡oh cándida gacela,
la flor de las hermosas,
la perla del Eden!
un mísero te invoca,
tu puro amor anhela,
mitiga su quebranto,
corre á sus brazos, vuela,
no esquives sus amores,
ven á su lado, ven.

—

Cesó, cesó mi canto,
y ví por un momento
las márgenes del rio
vestirse de zafir,
y angèlica belleza
bajar del firmamento,
que llena de esplendores,
con tierno y blando acento

mirándome risueña
así hubo de decir:

—

Si es cierto que me adoras,
si son esos amores
tan solo la ventura
que anhela tu ambicion;
sinó miente tu trova,
mitiga tus dolores;
de tí compadecida
calmando sus rigores,
la bella á quien invocas
te entrega el corazon.

—

De gozo enagenado,
radiante de alegría,
mis brazos á la bella
tender ambicioné;
abrílos, mas en vano,
pues cuando ya creia
lograda la ventura
que tanto apetecia,
huyóse de mi vista:
despierto me encontré.

—

De entonces noche y dia
mi mente vaga inquieta
la imágen invocando
que en grato sueño vió;
por eso Delia al verte,
mi dicha hallo completa;
por eso sus cantares
dedicate el poeta;
pues tú eres la hermosura
que el Trovador soñó.

EL TROVADOR.

Á DELIA.

SERENATA.

I.

Sal y escucha la cancion
que entona bajo tu reja,
aquel que por ti suspira,
aquel que contigo sueña.

Tranquila se halla la noche,
la luna su luz ostenta,
el perfume de las flores
el aura en sus alas lleva.
Sal y escucha mi cancion,
abre tu ventana, Delia,
oye al que por ti suspira,
oye al que contigo sueña.
Yo soy un alma que gime,
yo soy un alma que pena,
alma que al mirar tus ojos
en ellos quedóse presa.
Yo soy un vate que canta,
abre tu ventana, Delia;
sinó sales, de mi lira
te juro romper las cuerdas.
Noche, prolonga tus horas,
luna, muéstrate serena,
flores, enviad á mi hermosa
de vuestro aroma la esencia.
Céfiros, corred ligeros,
corred y nada os detenga,
dadle el beso que os envio
al rizar su cabellera.
Yo soy un vate que canta,

yo soy un alma que pena,
sal y escucha mi cancion,
abre tu ventana, Delia,
oye mi canto de amores,
escucha niña las quejas
de aquel que por ti suspira,
de aquel que contigo sueña.

II.

Belleza por quien vivo,
belleza à quien adoro,
de quien constante imploro
que calme mi dolor;
¿mis ojos no te han dicho
jamàs prenda querida
que cifro en ti mi vida,
mis bienes en tu amor?

—

¿Qué valen los laureles,
la gloria y el renombre
que busca ansioso el hombre
y logra conseguir,
si vive de amor preso
en redes de una hermosa

que ingrata y desdeñosa
se goza en su sufrir?

—

Yo tengo noche y dia
tu imágen en mi mente,
mi pecho por ti siente
inesplicable afan;
por ti soy ambicioso,
por ti mi bien deliro,
por ti niña suspiro,
mis quejan á ti van.

—

Al pié de tu ventana
sorpréndeme la aurora,
se pasa hora tras hora:
mis ojos no te ven.
Oculta permaneces,
no accedes á mi anhelo,
¡á Dios, soñado cielo;
encantador eden!

—

Por ti soñé en un mundo
de dicha y de ventura,
mi sueño fué locura;
tan solo una ilusion.

No mas oirás mi canto
sonar bajo tu reja,
tu ingratitud me deja
partido el corazon.

III.

¡Mas que miro, á la ventana
por fin sale! ¿es ilusion?
La mano lleva al prendido;
¡cielos, me arroja una flor!
esta flor será el emblema
de nuestra mútua pasion.

. . . . . .

Oye la voz del que bajo
de tu reja, Delia, canta;
de aquel que contigo sueña,
de quien su ventura labras.
No soy un alma que pena,
abre otra vez tu ventana;
yo soy un sér que te adora,
un poeta que te canta.

Á UNA ROSA.

Flor que en el grato pensil
por tu hermosura descuellas,
y alzas tu tallo gentil,
siendo gala entre otras mil
y envidia de las mas bellas;
Dulce encanto de mi amor,
tus purpurinos colores
me retratan el candor
del àngel encantador
que te escogió entre otras flores.
Ven, que en mi pecho guardada
serás rosa, y en mi cuita
por mi cariño estimada
nunca serás deshojada,
jamás te verás marchita.
En él podrás rosa pura
tus perfumes impregnar;
en él vivirás segura,
y al contemplar tu hermosura
otra me harás admirar.
Tú serás de mi alvedrío

la joya de mas valer,
y en mi amante desvarío,
á cada suspiro mio
tendrás que reverdecer.

Tú, mientras van otras flores
hojas y aroma perdiendo
al par que brillo y colores,
mecida por mis amores
irás tus galas tendiendo.

Y amorosa me traerás
recuerdos del bien que adoro,
y tú para mí serás
el mas querido tesoro
que hay en el mundo quizás.

Tú si acaso la esperanza
de mí se aleja algun dia
con mis sueños de bonanza
comprenderás cuanto alcanza
á querer el alma mia.

Dile esto flor á la hermosa
de quien la ventura anhelo;
y si sonrie graciosa,
ella y tú sereis ¡oh, rosa,
en esta vida mi cielo!

Á UNA INGRATA.

Escucha ¡ay ingrata! la tierna querella,
los hondos suspiros que dá el trovador;
aquel que en su canto te aclama por bella,
y mira en tí sola su guia, su estrella,
su cielo de amor.

—

¡Al ver de tus ojos la dulce mirada,
al ver tus mejillas de puro carmin,
tus rubios cabellos, tu tez sonrosada,
el alma por siempre quedó enamorada
ingrata, de tí!

—

Por eso mil veces tus gracias cantaron
los lábios amantes del fiel travador:
por eso mil trovas al viento lanzaron,
por eso mil veces risueños contaron
poémas de amor.

—

Por eso, ¡ay hermosa! tan solo es su anhelo
mirar de tus ojos radiantes la luz;

en ellos encuentra su alivio y consuelo
aquel que te nombra su dicha, su cielo,
su hermoso querub.

—

Mas ya que en tus redes me tienes hoy preso,
esclavo, ¡ay ingrata! de amante pasion,
¿por qué cuando franco mi amor te confieso,
que nó me respondes?; ¡ingrata no es eso
tener corazon!

EL LAZO DE LA AMISTAD.

EN EL ALBUM DE UN AMIGO.

¿Has visto al nacer el dia
la hermosa faz de la aurora
que al universo colora
vertiendo luz y alegría?
¿Escuchaste la armonía
que el ave en la soledad
dirige á la inmensidad

del sol al primer destello?
Pues aún es mucho mas bello
el lazo de la amistad.

¿No viste la primavera
ir derramando sus flores
de suavísimos olores
sobre la verde pradera?
¿No viste cuàn hechicera
del dia á la claridad
nos muestra su variedad
de encantos y de placer?
Pues mas grato es á mi ver
el lazo de la amistad.

¿Ves la cándida doncella
que oculta tras de su reja,
escucha la tierna queja
del que suspira por ella?
¿A la sentida querella,
no vés con cuanta ansiedad,
corresponde la beldad
jurándole amor eterno?
Pues como ese amor, es tierno
el lazo de la amistad.

La madre triste y llorosa
que tiene un hijo en la guerra,
quien parte á lejana tierra,
aquel que pierde su esposa,
la doncella virtuosa
que gime en triste orfandad,
y aquel que en su ancianidad
tan solo la muerte espera.....
¿qué fueran, sinó existiera
el lazo de la amistad?

Por eso con tierno anhelo,
estrecho con un abrazo
cada vez mas, ese lazo
de ventura y de consuelo:
lazo que emana del cielo,
lazo de sinceridad
dó no cabe falsedad
y marcha del bien en pós,
lazo que bendice Dios,
lazo de felicidad.

Á LA MEMORIA DE MI AMIGO A....

Allá en lo oscuro de la noche fria
por la parca velado,
la amistad te recuerda al alma mia.
¡Aciago, triste dia!
Pesado eterno sueño
tus párpados velando,
las miserias del mundo
te impide ver, y aun el dolor profundo
que aflije al corazon antes risueño.
¿Por qué la muerte airada
su guadaña esgrimiendo
cortó tu vida dulce en su alborada
y nos dejó gimiendo
al lado de tu madre desolada?
Llorando por tí queda
tu familia infelice, no hay consuelo
en la tierra que pueda
la causa mitigar de tanto duelo.
Y tus mismos amigos
de tu muerte testigos,

ante tu tumba póstranse de hinojos
y llanto de dolor brotan sus ojos.
¡Tan jóven y morir!.... ¡cruel destino!
¡horrible realidad! tu eres ¡oh, muerte,
de la criatura incontrastable sino,
y tanto al débil rindes, como al fuerte!
¡Oh, infelice compañero mio
arrebatado por el hado impío!
Descansa en paz, y desde el alto cielo
contempla la amargura de este suelo:
mira mi corazon lleno de luto,
mira mi desconsuelo;
el acerbo dolor que siente mira,
el que de su amistad tierno tributo
hoy arranca à las cuerdas de su lira.

Á CARTAGENA.

(Leida en el Teatro Principal de esta ciudad, la noche del 29 de Noviembre de 1865.)

Luz de mis ojos, plácida alegria,
luciente sol de Cartagena amada,

¿por qué cubre crespon la lozanía
de tu bello pensil, patria adorada?

¿Qué es de tus hijos la inspirada mente
que dulces trovas su laud no canta?
¿Y por qué el corazon pesares siente,
y se estingue la voz en la garganta?

¡Ay, pobre lira cuyo tierno acento
la dicha difundió de mis amores!
¿Por qué tus cuerdas brotan el lamento,
las lágrimas, suspiros y dolores?

¿Por què horrendo aparece el desconsuelo,
en la débil muger, en el anciano
y el huérfano infeliz? ¿por qué de duelo
se cubre tu vergel ayer lozano?

¡Cartagenero pueblo à quien adoro,
y à quien dirijo mi sentido canto:
lágrimas verterá mi lira de oro;
la parca sobre ti, tiende su manto!

Yo ví, yo ví à la mísera doncella
à quien el hado sumergió en el duelo,

con apenado acento, su querella
tierna elevando al sacrosanto cielo.

Reparad, reparad en el anciano
que en la imágen de Dios los ojos fijos,
ya próximo á espirar, tiende la mano
y á su esposa bendice y á sus hijos.

¡Todo es dolor! el corazon transido
de amargura y pesar lágrimas vierte,
y exhala el infeliz hondo gemido
reluchando en los brazos de la muerte.

¿Quién volverá á los ojos la alegria?
¿quién al hogar la suspirada calma?
¿quién combatiendo la epidemia impia,
consuelo al corazon, y paz al alma?

¿Quién de este pueblo enjugará el sollozo?
¡de sus lares huyendo la ventura,
ya no alza el Trovador ébrio de gozo
sus cánticos de amor á la hermosura!

¡A dónde, pues, acudirá doliente
remedio demandando á tantos males!...

á la Madre de Dios, en cuya frente
resplandece el amor á los mortales.

Desde su trono de zafir piadosa
las quejas oye del acerbo duelo,
y calmando el afan, hace amorosa
que santa Caridad brote en el suelo.

Ved al que halaga espléndida fortuna
derramar por dó quier puñados de oro,
y patrio amor y caridad aduna
de sus hermanos enjugando el lloro.

Ved ese otro que de noche y dia
con incansable afan, con fé sincera,
infunde la esperanza y alegria
al doliente en su hora postrimera.

Y otros mil que esos rasgos imitando,
prueban cada vez mas al mundo entero
de dulces sentimientos muestras dando,
que tienen corazon cartagenero.

Asi, de Caridad bajo el amparo
en el pecho anidóse la esperanza;

ella de salvacion fué nuestro faro,
pues que la Caridad todo lo alcanza.

De nuevo brilla la serena aurora,
recobra el pueblo la salud perdida,
se estinguió la epidemia; aqui no mora
sinó contento, animacion y vida.

Ya canta el Trovador, ya la alegría
las cuerdas de oro pulsa del laud;
hoy canta la grandeza de María,
y ensalza en sus cantares la virtud.

La virtud del amor, que es la esperanza,
el consuelo y la gran felicidad
del mundo todo, que su bien alcanza
ejerciendo la santa Caridad.

De hoy mas, de amor en lazo estrecho unido,
el orbe todo en dulce paz respire,
que Dios bendijo al pueblo entristecido:
¡hijos de Dios, el mundo nos admire!

Hermanos, pues, ante los cielos siendo,
de Caridad ejemplos nobles dando...

ansioso el corazon se vá oprimiendo....
no diré mas... porque me veis llorando.

ORIENTAL

En noble alazan cabalga
por una anchurosa senda
que hasta Córdoba conduce,
un moro de tez morena,
ojos garzos, chispeantes,
y poblada barba negra.
En su gentil apostura,
en su traje y sus maneras,
bien se conoce circula
sangre real por sus venas.
Llega á Córdoba, y cruzando
una callejuela estrecha
sale á una plaza; una mora
en su ajimez mira puesta,
y parando su caballo
la dice de esta manera:

¡Qué ingrata eres sultana!
¡qué ingrata eres Zulema!
cuanto mi amor es mas grande
mas tu desden acrecienta.
¿Qué será del pobre moro
sultana, sultana bella,
la de los ojos rasgados,
la de blonda cabellera,
si matas sus esperanzas
y sus amores desdeñas?
¿Qué será del pobre moro?
responde pronto Zulema:
¡Ay, cuanto tienes de ingrata
tienes sultana de bella!
En Córdoba te criaron,
y por hermosa, la perla
quiso Alà que te llamaran
de las huris cordobesas.
Muchos mora ambicionaron
de tí una sonrisa tierna,
y á todos mora dejaste
lo mismo que á mí me dejas.
¿Por qué has de ser tan esquiva?
responde pronto Zulema:
¡Ay! cuanto tienes de ingrata

tienes sultana de bella!

—

Yo tengo para ti flor de las flores
un palacio en Sevilla; los muslines
envidian sus jardines,
donde cantan amores
pintados y canoros ruiseñores.

—

Yo joyas te daré; piedras preciosas
para adorno del cuello y de la frente
venidas del Oriente,
y mil telas vistosas
traidas de la Persia por hermosas.

—

Y para ti, sultana encantadora,
escondido en su pecho guarda el moro
riquisimo tesoro
de amor, que amor implora
y que prueba la fé con que te adora.

—

¡Qué ingrata eres sultana!
¡qué ingrata eres Zulema,
que mis palabras oiste
y no das mora respuesta!
¿Eres sultana de hielo?

¿tienes corazon de piedra?
dímelo pronto sultana,
dímelo pronto Zulema.
Odias mora al que te hace
tantas y tantas ofertas?
¡Callas, sultana! ¿eres muda?
¡responde por el Profeta!
¿Ries? ¡oh! ¡qué bien conozco
sultana que me desprecias!
Yo soy un príncipe moro;
mujeres Sevilla encierra
sinó como tú de hermosas,
no de corazon de piedra.
Alá te guarde sultana,
Alá te guarde Zulema,
á otra daré mis amores
ya que tú me los desdeñas.....
¿pero cómo podré darlos
cuando en tus ojos se quedan?
¡Ay, cuánto tienes de ingrata,
tienes sultana de bella!

—

Y es fama que triste el moro
á Sevilla dió la vuelta,
sin lograr una esperanza,

sin conmover á Zulema,
que hay mujeres que no sienten
y es la sultana una de ellas.

A LA LUNA.

¡Cuán melancólica y triste
tus tibios rayos derramas!....
¡Como tu luz, luna bella,
se encuentran mis esperanzas!
¡Cubren los blancos celages
tu luz argentina y clara!...
¡Con el velo del olvido
cubre mi nombre una ingrata!...
¡Azul es el firmamento
por dó tu imperio dilatas!...
¡Azules, ay, son los ojos
donde tengo presa el alma!
Sal, melancólica luna,
tus débiles rayos lanza;
y si en tí fija la vista
la que me ha robado el alma,
cuéntale lo que la adoro,

cuando el sol tras las montañas
oculta sus rayos de oro,
sus tintes puros de grana,
pasais besando sumisas
la blanca faz de mi amada,
al rizar su cabellera
paraos un momento, auras;
decidle, ¡cuanto la adoro!
decidle, ¡que no sea ingrata!

AMOR.

Hay un estraño poder,
hay una oculta pasion,
que brota en el corazon
y nos impulsa á querer.
Puro destello de Dios,
que nuestra mente ilumina;
pasion sublime, divina,
que funde en un alma dos.
Tiene por lema gozar,
inspírala una mujer;

causa unas veces placer,
y otras nos hace llorar.
Al pecho quita y dá calma,
entre suspiros alienta,
y generosa, alimenta
con ilusiones el alma.
Vierte de diversos modos
manantiales de cariño,
y desde el anciano al niño
todos la sentimos, todos.
Que esa pasion que dolo.
inspira al par que placer,
y nos impulsa á querer,
ostenta por nombre: AMOR.

AYER Y HOY.

Á X....

I.

Quiero cantar tu gracia y gentileza,
Por ti mi pecho con afan suspira,
Quiero ser el cantor de tu belleza:
Déjame pues cantar; venga la lira.

Sentida trova de cariño llena
Te brinda el trovador flor de las flores;
Escúchala mi bien, blanca azucena,
Que es la historia feliz de sus amores.

¿Qué le importa al que canta tu hermosura,
De ese mundo insensato los placeres?
¿Para qué ambicionar mayor ventura
Si tú el canto de su vida eres?

¿No has visto, niña, al despuntar la aurora
Surgir el sol por el rosado Oriente
Que al mar estenso y á los campos dora,
Cubriéndolos de gala refulgente?

¿No ves como le presta á la alborada
Magnífica espresion con sus destellos?
Pues la luz de ese sol, no vale nada
Para el que vé la de tus ojos bellos.

Mira crecer ufana entre otras flores
En el grato vergel rosa sencilla;
¿Tienen comparacion, di, sus colores,
Con el puro carmin de tu megilla?

¡Oh, como ondulan tus dorados rizos
Al ténue impulso de apacible brisa,
Y como de tu boca los hechizos
Descubren tu dulcísima sonrisa!

II.

¿Recuerdas de la infancia, mi tesoro,
Las ya perdidas placenteras horas?
¡A mi pesar al recordarlas lloro!
¿Mas qué es eso mi bien, tú tamb. ¿lloras?

Vírgen querida de celeste encanto
Que mi alma tienes á tu amor sugeta;
Esas perlas que brotan de tu llanto
Rico tesoro son para el poeta.

Él, te dijo una vez: *prenda querida*
Eres mi único bien; leal y sincero
Yo te ofrezco mi amor; ¡eres mi vida!
Y respondiste tú; *¡cuánto te quiero!*

Y era verdad; que niños inocentes
Angeles apartados en el suelo,
Con la inocencia escrita en nuestras frentes,
Esas palabras nos dictaba el cielo.

Juntos la infancia deslizarse vimos,
Juntos la gloria y el placer soñamos,
Alegres nuestra dicha compartimos,
Las hondas penas del dolor lloramos.

III.

Vino un dia cruel, en que el destino
De ti me separó, prenda del alma;
Desde entonces, errante, peregrino,
Buscaba en vano la perdida calma.

Y allá del Llobregat en la ribera
Con mis recuerdos de pasada gloria,
Sumido el corazon en pena fiera
Y tu imágen querida en la memoria,

Largo tiempo pasé; yo preferia
Al suelo catalan mi patrio suelo,
Que en él estaba la esperanza mia,
El dulce bien de mi amoroso anhelo.

Por fin del corazon huyó la pena,
Crucé las ondas de los anchos mares,

Y las playas al ver de Cartagena,
Me inspiraron tiernísimos cantares.

Al fin te vuelvo á ver, prenda querida;
Al fin mi corazon leal y sincero
Hoy vuelve á repetir: *¡eres mi vida!*
Y el tuyo á responder: *¡cuánto te quiero!*

¿Qué me importa si canto tu herr[illegible]s?
De ese mundo insensato los placere[illegible]ras?
¿Para qué ambicionar mayor ventura
Si tú el encanto de mi vida eres?

¡Feliz quien dicha tan segura alcanza
Y vé colmado su ferviente anhelo,
Tu sonrisa al tener por esperanza,
Y tus ojos por luz, tu amor por cielo.

A LOS HÉROES DEL PACÍFICO.

Un pueblo allende la mar,
iluso y ciego en su saña,
el noble escudo de España
quiso arrogante humillar,

Y por lema la traicion
que en pechos cobardes cabe,
lanza á la mar una nave
fingiendo inglés pabellon.

Nada encuentra que se oponga
de esta manera á su empresa;
merced al engaño, es presa
la goleta *Covadonga*.

¡Por cierto muy digna hazaña!
Valor los que tal hicieron
para luchar no tuvieron
con los leones de España.

De España, cuyo poder
muestran los ilustres manes,
de Hernan Cortés, Magallanes,
Pizarro, Elcano y Roger.

De España, que fué el espanto
del orbe entero, y sus glorias
nos recuerdan las victorias
de Tolon y de Lepanto.

De España, que supo dar
ardiendo en su patriotismo,
de acrisolado heroismo
lecciones en Trafalgar.

Esta nacion esplendente
tan temida y respetada,
no puede ser humillada
en los mares de Occidente.

Los gritos fieros de guerra
que dan sus hijos, acrecen,
y esos gritos estremecen
los ámbitos de la tierra.

Y sus naves aprestando
y hendiendo las bravas olas,
de las playas españolas
parten, venganza clamando!

Y en ánsias mil de luchar
y en Dios puesta la esperanza,
¡guerra, retumba, y venganza,
en el Pacífico mar!

. . . . . .

Dirigen hácia el Callao
por fin las naves sus proras,
y en sus topes con orgullo
el noble pendon tremola,
que fué en mil y mil combates
precursor de nuestra gloria.
Allí la *Numancia* muestra
sus duras ferradas formas,
y la *Villa de Madrid*,
la *Resolucion* heróica,
la *Berenguela*, la *Blanca*,
la corbeta *Vencedora*,
y á mas la fragata *Almansa*
y el *Marqués de la Victoria*,
á una señal de sus Jefes
recojen las blancas lonas.
En tanto que Mendez Nuñez
en el castillo de popa,
es fama que así repuso,
clavando la vista torva
sobre las torres blindadas
que los del Perú amontonan:
«Aquí á vengar una afrenta
venimos por mano propia,
y ni esas torres me asustan,

ni esos cañones me asombran;
podremos quedar sin buques,
mas si vencemos, ¿qué importa?
honra y no barcos queremos,
mas bien que barcos sin honra.»

—

Por fin llega del combate
la tan esperada hora;
álzanse las arandelas
y en el momento, á las bocas
de nuestros fieros cañones
dan paso franco las portas;
¡los proyectiles se cruzan
y la mar se torna roja!...
allí los nuestros demuestran
á la faz de Europa toda,
el valor, el heroismo
de la nacion española.
Mas... ¡oh! la *Almansa* se incendia,
la llama devastadora
próxima á la Santa Bárbara
está!... ¡achicad las bombas!...
«¡Alto!» dice el comandante
con resolucion heróica,
«que no quiero que hoy se moje

un solo grano de pólvora.»
Esto lo hacen los héroes,
y quien tal hecho no encomia,
ni hijo digno es de su patria,
ni tiene sangre española.

—

Ya destruido el Callao,
nuestra escuadra vencedora
vése dó quier circundada
de esplendorosa aureola,
que muestra al bravo marino
el camino de la gloria.

—

Despues de esta lucha horrenda,
á su suelo patrio tornan
algunas naves, entre ellas
hoy Cartagena gozosa
saluda á la que VALCÁRCEL
renombre ha dado en la historia.

—

Tejed, tejed guirnaldas,
¡Oh, cándidas doncellas!
venid á orlar con ellas
con mágico placer,
á aquellos que esforzados

saludan vuestra tierra;
que vuelven de la guerra
tras tanto padecer.

—

Las lágrimas se tornen
en plácida alegría,
que olviden la agonía
de un tiempo mas cruel;
teged, teged guirnaldas
su gloria pregonando;
sus frentes coronando
de mirto y de laurel.

Á LA NIÑA DE OJOS NEGROS.

Al regar las macetas
de tus balcones,
me pareces la reina
de los amores:
¡eres tan bella;
son tantos los encantos
que te rodean!

—

Extasiado te miro,
porque contemplo
en tu rostro unos ojos
como luceros,
y en tus mejillas,
un color que á la rosa
roba sus tintas.

—

Son tus blondos cabellos
cual los del àngel
que en la region etérea
sus alas bate,
y entre tus làbios
dos hileras de perlas
muestran su encanto.

—

Envidia bella niña
tengo à las flores,
que crecen en los tiestos
de tus balcones,
porque las cortas
y en tus rizos exhalan
todo su aroma.

—

Tambien envidio al aura

que corre leve
tu cabello ondeando
sobre tus sienes;
porque ligera,
acaricia tu rostro,
tus làbios besa.

—

Por eso dulce encanto,
querido dueño,
siempre al àura apacible
le doy un beso,
niña, y le encargo
que lo deje en tu boca
depositado.

—

Por eso, mi paloma,
cuando me miras
descubriendo tus làbios
dulce sonrisa,
de gozo henchido
creo que correspondes
à mi cariño.

—

Mas, si te miro esquiva
prenda del alma,

y concebir no puedo
ni una esperanza,
tambien entonces
los pesares destrozan
mis ilusiones.

—

Si consuelo hallar quiero
en los cantares
que con afan mi lira
plácida trae,
niña, no puedo,
porque mi lira siente
lo que yo siento.

—

¿De qué me sirve el canto
si la tristeza
me arrebata la dicha
que antes tuviera?
¿de qué la lira
en que el vate derrama
dulce poesia?

—

¿Y de qué las sublimes
inspiraciones,
los laureles, la gloria,

todos los goces
que el vate sueña,
si siento que en tus ojos
mi alma está presa?

—

Por eso bella niña
triste suspiro;
por eso tu sonrisa
me presta alivio;
niña, por eso,
hoy cautivo me tienen
tus ojos negros.

CUANDO NACIÓ EL REDENTOR.

Junto á la lumbre sentados
unos pastores se hallaban,
que en su cabaña guardaban
las velas de sus ganados.

De celeste claridad
los campos se iluminaron;

los pastores se llenaron
de temor y de ansiedad,

Y vieron al resplandor
de los divinos destellos,
aparecer junto á ellos
un arcángel del Señor.

No temais, el ángel dijo:
vengo de paz á buscaros,
tengo una nueva que daros
que os llene de regocijo.

Cese ya vuestro temor;
con serenidad oid:
en la ciudad de David
ha nacido el Salvador.

De Belen en el portal
lo hallareis; él con profundo
amor, ha venido al mundo
á redimiros del mal.

El ángel desapareció,
y allá en los aires, sonoro,

tierno y armónico coro
de arcángeles resonó.

Y los sencillos pastores
de fé llenos escuchaban
este canto que entonaban
los angélicos cantores:

Al infierno hagamos guerra
para bien de las criaturas;
Gloria á Dios en las alturas,
y paz al hombre en la tierra.

Y sus ecos se perdieron
girando en la inmensidad;
de la densa oscuridad
las sombras reaparecieron.

Mas los humildes pastores
no esperan la luz del dia,
de Belen toman la via,
de todos los moradores

Del contorno, á la cabaña
llaman, cuentan sin rebozo

lo sucedido, y con gozo
descienden de la montaña.

Llegan por fin á Belen
con inmenso regocijo,
y al niño que el ángel dijo
en un pobre establo ven.

Allí de hinojos postrados
llenos de santo cariño,
presentan al tierno niño
lo mejor de sus ganados.

Y todo en Belen es gozo,
y acuden con santo amor
á adorar al Salvador,
tanto el viejo como el mozo.

Que ese que en Belen
de una virgen ha nacido,
tan solo al mundo ha venido
para enseñarnos el bien.

AMOR PERDIDO.

Yo te he querido como á mi vida,
Tú sola has sido mi bien, mi amor;
á mi cariño fuistes ingrata,
y hoy vengo á darte mi último adios.

No quiere el cielo serme propicio
porque he nacido para el dolor;
muerta de amores el alma llevo,
de desengaños el corazon.

Nadie en el mundo podrá quererte
como otro tiempo te quise yo;
mucho padezco, mas te perdono,
que á sus verdugos perdonó Dios.

Yo te juzgaba, ángel querido,
de las mujeres una escepcion;
mas... ¡ay, el ángel de mis ensueños
en un demonio se transformó!

Sinó me amabas, ¿por qué tus lábios

lo pronunciaron mintiendo amor?
¡fuí un juguete de tu cariño,
débil juguete que te cansó!

Bella es la vida, goza del mundo,
nunca comprendas lo que es dolor;
mas, ¡ay, el mundo te dará el pago,
el pago triste que á mí me dió!

¿Ves esas bellas que en los salones
de la alegría marchan en pòs?
¡cenizas frías serán mañana,
y polvo vano su ostentacion!

Esos placeres son humo leve,
todo es mentira, todo ficcion;
una tan solo verdad existe,
santa, bendita, llamada AMOR.

¡Dichosa el alma que esperimente
libre de engaños esa afeccion!
Que no te falte como le falta
al que adorarte siempre juró.

Muerta de amores el alma llevo,

de desengaños el corazon;
nunca comprendas lo que yo sufro,
no olvides nunca mi último adios.

RECUERDOS DEL CARNAVAL.

¡Cuán pronto pasaron
aquellos momentos
de gozo y ventura
que hoy triste recuerdo!
¡Cuán pronto pasaron!
Mal haya, ay, el tiempo,
que avaro nos roba
placeres tan bellos!
Ayer, disfrazado
y el rostro encubierto,
de cerca admiraba
tus lindos luceros;
tu voz argentina
vibraba en mi pecho,
de amor avivando
la llama que siento.

Hoy ya la cuaresma
vestida de negro,
de aquellos placeres
detiene el deseo.
Hoy ya tus encantos
contemplo de lejos;
hablarte quisiera,
y hablarte no puedo.
Y calma tan solo
dolor tan acerbo,
la flor que me diste
y aún guardo en mi pecho.
¡Huyó la alegria,
mal haya, ay, el tiempo
que avaro nos roba
placeres tan bellos!

Á DELIA.

Ojos negros, ojos negros,
tienes Delia que enamoran,
y en tus mejillas ostentas
los matices de la rosa.

Tu virgen seno es de nieve,
y el contorno de tus formas,
te hace ser la mas perfecta
de las mujeres hermosas.

Del carmin toman tus lábios
el color, dulce tu boca,
esconde rico tesoro,
pues blancas perlas la adornan.

Ébano son tus cabellos,
y tu pié que apenas posa,
y tu divina garganta,
la tranquilidad me roban.

¿Cómo, Delia, no adorarte
el que te vé tan graciosa?
¿qué mucho que de ilusiones
mi mente forje una historia?

¡Qué mucho que una esperanza
mi vida aliente amorosa,
si en esa esperanza fundo
Delia, mi bien y mi gloria!

A LA MEMORIA

DE

CERVANTES.

(Leida en la coronacion del busto del inmortal poeta, el 23 de Abril de 1867, dia del aniversario de su muerte.)

Hoy à tu memoria atento
humilde vate me inclino;
de las letras el camino
nos señaló tu talento;
del orbe entero portento
Cervantes, tus obras son;
tributo de admiracion
te rinden propios y estraños,
y no consiguen los años
oscurecer tu blason.

—

Del génio la sacra llama

brotó en tu mente fecunda,
y los espacios inunda
de tu renombre la fama;
su príncipe te proclama
todo el Parnaso español;
entre nubes de arrebol
escrito se vé tu nombre;
antes que olvidarte el hombre
faltará su luz al sol.

—

Que aunque al tiempo todo cede
y al fin se agostan las flores,
y de pasados amores
ni un solo recuerdo quede,
el mundo olvidar no puede
aunque cien siglos agote,
al génio, del vicio azote,
que raros portentos crea;
díganlo tu GALATEA,
y tu inmortal DON QUIJOTE.

—

Mas.... se ofusca mi cabeza
y en vano en seguir me empeño;
soy, *Cervantes*, muy pequeño
para cantar tu grandeza;

mi lengua à temblar empieza,
y pues que cesa mi canto,
estos laureles en tanto
símbolo de eterna gloria,
rindo humilde à tu memoria,
noble cautivo en Lepanto.

Á UN PENSAMIENTO.

Tierno y blanco Pensamiento
por quien un suspiro exhalo
de ventura y de contento;
flor, que conservo avariento
por ser de mi amor regalo;
Deja pues, que conmovida
el alma al par que orgullosa
celebre tu bienvenida,
puesto que vienes, mi vida,
de la mano de una hermosa.
¿Cómo no admirarte, ¡oh flor!
cuando tus pétalos bellos
besó el ángel de mi amor,

el àngel encantador
que te llevò en sus cabellos?
¿Á qué ambicionar mas gloria,
si tu tallo, flor del valle,
hoy agrupa à mi memoria
como fantasma ilusoria
su airoso y esbelto talle?
Ven, flor hermosa, conmigo,
que à mi destino sujeta
y de mi pecho al abrigo,
serás el mudo testigo
de los sueños del poeta.

A JULIA.

Yo anhelo vida mia
cruzar por la pradera
sintiendo el àura leve
vagar en derredor,
y asido de tu talle
gentil cual la palmera,

decirte dueño mio
que muero por tu amor.

—

Yo quiero ver tus ojos,
beber en su mirada
los mágicos destellos
que brindan un eden;
despues sobre mi pecho
mirarte reclinada,
tu perfumado aliento
brindándome tambien.

—

¡Cuan dulce, primavera,
tendiendo su guirnalda
del monte à la llanura
vertiendo galas va;
y cubre el valle ameno
de rosa y esmeralda,
que encanto á nuestra vista
y á nuestras almas da!

—

¡Cuan lento el arroyuelo
que forma ondas de plata
del cielo reflejando
purísimo el color,

suave se desliza,
tranquilo se dilata,
acariciando dócil
el tallo de la flor!

—

¡Qué gozo siente el pecho,
al ver magestuosa
la aurora por Oriente
vertiendo galas mil;
que gozo ver ligera
pintada mariposa,
la esencia de las flores
libar en el pensil!

—

¡Cuán grato es al oido
del alma enamorada
de brisa halagadora
el plácido rumor,
y aromas aspirando
sentir en la enramada
en noche misteriosa
cantar al ruiseñor!

—

¡Cuàn bella y apacible
osténtase la luna

del alto firmamento
en el estenso tul!
¡Sus pàlidos fulgores
retrata en la laguna
rizada por la brisa
la superficie azul!

—

El campo nos espera,
partamos, dueño mio;
huyamos del bullicio,
dejemos la ciudad;
pasemos placenteras
las noches del estío,
alegres disfrutando
su dulce soledad.

—

Allí, tierna paloma,
la brisa perfumada,
del astro refulgente
los rayos de tisú,
el canto misterioso
del ave en la enramada,
de nada me sirvieran
si me olvidases tú.

—

Partamos, dueño mio;
crucemos la pradera
sintiendo el áura leve
vagar en derredor,
y asido de tu talle
gentil cual la palmera,
diréte, dueño mio,
diréte qué es amor.

LA NIÑA Y EL BARDO.

Niña, la niña
de tez rosada,
¿á dó vas niña
tan de mañana?
—Voy á ese valle
que de aquí alcanzas.
—¿Y en él qué buscas?
—Bajo por agua,
y á ver las flores
que el suelo esmaltan,
porque son ellas

desde la infancia
las compañeras
de la aldeana.
—Bien hayas niña
sino me engañas;
si vas al valle
solo por agua
y á ver las flores
que el suelo esmaltan;
cuidalas, niña,
de tez rosada,
de talle airoso,
dulce mirada,
porque las flores
son tus hermanas.
Mas dime, niña:
¿cuando allí bajas,
junto á la fuente
dó vas por agua,
á nadie encuentras,
nadie te aguarda?
—Solo un mancebo
que espuela calza,
de negros ojos,
poblada barba.

—Y ese mancebo,
dime, serrana,
nada te dice,
nada te habla?
—Me llama hermosa,
y sus palabras
mas que las flores
encuentro gratas.
—Y luego, ¿qué hace?
—Luego me abraza;
despues me dice
que soy su alma,
y al despedirnos....
—¡Ay, niña! acaba.
—Pídeme un beso,
dóile, y se marcha;
mientras yo dando
la vuelta à casa,
subir lo miro
por la montaña.
—Niña, la niña
de tez rosada,
no mas al valle
tornes por agua;
deten el paso

vuélvete á casa,
que ese mancebo
que espuela calza,
de negros ojos,
poblada barba,
de tu inocencia
burlarse trata.
Mi voz escucha,
que no te engaña,
quien por los años
muestra estas canas.
—¿Y tú quién eres
que asi me hablas?
—Un sér que llora,
un sér que canta,
alma que sufre,
alma que vaga.
Yo soy, la niña
de tez rosada,
el viejo bardo
de estas montañas.

—

¡Mas, ay, la niña
vuelve la espalda,
alegre corre,

y al valle baja;
mientras el bardo
vierte una làgrima,
pulsa la lira
y esto le canta:
«Niña que la voz no escuchas
de quien peligros te advierte,
así el alma se envenena
y la inocencia se pierde.»

—

¿Donde vas, niña,
donde tan pálida,
tan ojerosa,
tan congojada?
—Déjame el bardo
voy á mi casa,
no mas al valle
vuelvo por agua.
—Bien adivino
linda serrana,
que aquel mancebo
que espuela calza,
de negros ojos,
poblada barba,
de tu quebranto

solo es la causa.

—¡Ay! ¿por qué el bardo,
bardo del alma,
no escuché el eco
de tus palabras!
No mas al valle
vuelvo por agua,
adios, el bardo,
quizá mañana
á las primeras
luces del alba,
tañer escuches
á la campana
que hay en la iglesia
de esta comarca.
Adios, el bardo;
quizá mañana,
mi muerte anuncien
sus campanadas.

—

Triste la niña
vuelve la espalda,
su desventura
llorando marcha;
mientras el bardo

vierte una lágrima,
pulsa la lira,
y esto le canta:
«La voz, niña, no escuchaste
de quien peligros te advierte;
así el alma se envenena
y la inocencia se pierde.»

DESEO.

Ya de los montes la elevada cumbre,
y la copa gigante de los pinos,
del tibio rayo del dorado Febo
cubrirse miro.

—

De la arboleda entre las hojas oigo
el canto del alegre pajarillo
que salta jugueton de rama en rama,
libre, tranquilo.

—

Ya siento el soplo de la brisa ténue
besar las flores en su blando giro,
y acariciar suave las serenas
aguas del rio.

En tanto, pobre bardo enamorado,
de amor sintiendo el corazon herido
y apartado de tí, mi pecho lanza
débil quejido.

¡Quejido triste; que á mi vista falta
y contemplar en mi dolor ansio
la luz radiante de tus negros ojos
que es mi delirio!

A mi morena.

Morena, vales mas plata,
mas plata que la que pesas;
¿quién no envidia de tu talle
el garbo y la gentileza?

¿Quién á no ser topo, niña,
no siente el alma suspensa
en el fuego de tus ojos
y en tu sonrisa hechicera?

Una crucecita de oro
pendiente del cuello llevas;
tu garganta es el altar
en donde la cruz se ostenta.

¡Quién morenita del alma
para alivio de sus penas,
dar un besito en la cruz
y otro en el altar pudiera!

Cuando ries, y tus lábios
su dentadura me muestran,
yo no sé lo que me pasa,
pero te juro, morena,

Que ha de ser dulce tu boca,
pues tus dientes se semejan
á piloncitos de azúcar
engastados en canela.

Las flores que en el cabello
colocas cuando te peinas,
de tu hermosura envidiosas
se marchitan y se secan.

¿Cómo quieres que esas flores
en alto precio no tenga,
cuando exhalaron su aroma
entre tus cabellos presas?

Un ramito de jazmines
de nuestro amor dulce prenda,
desde tu balcon me diste
en noche apacible y bella;

Noche en que la blanca luna
desterrando las tinieblas,
alumbró nuestros amores,
presenció nuestras promesas.

Niña, desde aquella noche,
para mi la mas risueña,
ocupa mi pensamiento
este cantar de mi tierra:

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena,
moreno es el bien que adoro,
¡viva la gente morena!

RECUERDO.

Eres mi vida, luz de mis ojos
de mis encantos grata ilusion,
eres el ángel de la ventura
con quien tu amante siempre soñó.

—

Bien haya, niña, la tarde hermosa
en que mi vista te contempló,
cabe la parra de mi casita
al retirarse la luz del sol.

—

Eras muy niña, pero tu acento,
tu donosura me cautivó,
y desde entonces puse en la niña
con mi esperanza todo mi amor.

—

Dicen que el tiempo todo lo muda,
que los amores se lleva en pós...
no puede el tiempo mudar amores
que brotan puros del corazon.

CANTARES.

RECUERDO.

Eres mi vida, luz de mis ojos
de mis encantos grata ilusion,
eres el ángel de la ventura
con quien tu amante siempre soñó.

—

Bien haya, niña, la tarde hermosa
en que mi vista te contempló,
cabe la parra de mi casita
al re[illegible]

Eras muy niña, pero tu acento,
tu donosura me cautivó,
y desde entonces pasa en la niña
con mi esperanza todo mi amor.

—

Dicen que el tiempo todo lo muda,
que los amores se lleva en pos...
no puede el tiempo mudar amores
que brotan puros del corazon.

Á MARÍA.

En las coplas populares veo yo algo mas que coplas: veo amores desdeñados y amores correspondidos, traiciones y fidelidades, placeres y dolores, alegrias y tristezas. Cada copla popular es para mí un capítulo de la historia de un corazon.

(Trueba.)

Entre una espesa arboleda
una casita se alza,
como quien la habita humilde,
y como la nieve blanca.

Allí, para darle sombra,
encima de sus ventanas
con sus dorados racimos
se estiende una verde parra.
Cerca la casita un huerto,
donde mil flores se alzan
embalsamando el ambiente
con su esquisita fragancia.
En esa blanca casita,
debajo de sus ventanas,
escribo yo mis cantares
apenas despunta el alba.
Inspiracion me dá el cielo,
y el sol que las cumbres baña,
y las flores, y las aves,
los arroyos y las áuras.
Pero no canto á ese sol,
ni á esas flores matizadas,
ni á las aves trinadoras,
ni al céfiro ni á las aguas;
porque el dolor no me deja,
porque mis ojos se clavan
de la triste Cartagena
en las espesas murallas;
allí la horrible epidemia

mis amigos me arrebata,
y en mil séres inocentes
cual tigre ciego se ensaña.
¡Oh, María! virgen pura,
tú, concebida sin mancha,
Reina del Cielo quien todo
del Supremo Sér lo alcanza;
tú, que á luz diste, Señora,
al Redentor de las almas:
mira ese pueblo, María,
que vierte abundantes lágrimas,
misericordia implorando
de tu bondad soberana.
Haz que esa horrible epidemia
que tan cruel se propaga,
termine, Madre amorosa,
y las fervientes plegarias
de un pueblo doliente acoge
que mira en ti su esperanza,
y brille cual antes puro,
el cielo azul de mi pátria.

AMOR DE AMORES.

I.

Niña, la esbelta niña
de ojitos negros,
cuyo mirar inflama
de amor el pecho:
niña donosa,
oye las tiernas quejas
del que te adora.

—

¿Qué es lo que has hecho, niña?
niña, ¿qué has hecho,
que me tienes de amores
triste muriendo?

dímelo, niña:
tu voz responda al eco
de la voz mia.

—

Yo te quiero, mi vida,
como las plantas
á los céfiros blandos
de la mañana;
como las aves
á los rayos primeros
del sol que nace.

—

Yo te quiero, y no puedo
vivir sin verte;
todas las perfecciones
para mí tienes;
todos mis goces,
tan solo se reducen
á tus amores.

—

Quien alienta sin ellos,
vive penando;
sin amores la vida,
sol en ocaso;
cielo con nubes,

arroyuelo sin agua,
flor sin perfume.

II.

Por ti pulso la lira
de los poetas,
para ti anhelo gloria,
por ti riquezas;
tú, niña, eres
todas mis alegrías,
todos mis bienes.

—

Quiéreme niña bella
como te quiero;
del cariño la llama
brota en mi pecho;
quiéreme niña;
lo pido... por los ojos
con que me miras.

—

Es cierto que mi lábio
jamás te dijo
las puras afecciones
del amor mio;

mas.... ¿en mis ojos,
responde, niña hermosa:
viste lo propio?

—

Los ojos que del alma
son el espejo,
mil veces mi cariño
te descubrieron;
por eso, niña,
sé que de mis amores
tienes noticia.

—

Si á mi amor correspondes,
si tus miradas
el cielo me entreabren
de la esperanza,
deja que goce
mirándome en tus ojos
y en tus amores,

—

Que quien vive sin ellos,
vive penando;
sin amor es la vida
sol en ocaso:
cielo con nubes,

arroyuelo sin agua,
flor sin perfume.

LO QUE SOÑABA.

Yo soñé, prenda del alma,
que me encontraba á tu lado;
mas al soñar tanta dicha
soñé que estaba soñando.
(PALAU.)

I.

Tendido niña á la sombra
de un corpulento manzano,
dormido quedé una tarde
en tus amores pensando,
y soñé, niña querida,
que me encontraba á tu lado,

que en tus ojos hechiceros
de mi amor divino faro,
miraba yo mi ventura
al contemplar sus encantos;
soñé que tus blandos rizos
por el céfiro agitados,
acariciaban mi frente
de amor mi pecho inundando;
soñé que tu esbelto talle
preso estaba entre mis brazos,
y que era así mas dichoso
que un monarca en su palacio...
mas al soñar tanta dicha,
soñé que estaba soñando.

II.

¡Ay, cuan tranquilo á la sombra
del corpulento manzano,
quedé dormido una tarde
en tus amores pensando!
¡Qué dulce que fué mi sueño,
y el despertar cuán amargo!
Soñaba que á la orillita
de un fresco arroyuelo manso,

los dos, vida de mi vida,
eterno amor nos juramos;
yo con tus rizos jugaba,
y tú estrechabas mi mano;
y solos, sin mas testigos
que las aves, que en su canto
por hermosa te aclamaban
la perla de nuestros campos;
sin mas rumor que el susurro
del fresco arroyuelo manso,
quise, niña, con un beso
sellar mi amor en tus lábios;
cogí tu esbelta cintura,
sentí en mis hombros tus brazos,
los rizos de tus cabellos
casi mi frente tocaron,
tu aliento sentí, y entonces
quise besar.. . pero en vano,
porque al soñar tanta dicha
soñé que estaba soñando.

III.

¡Ah, porque dormí á la sombra
del corpulento manzano,

si me ha sido, prenda mia,
el despertar tan amargo!
¡cómo calmar la tristeza!
¡con qué mi pena distraigo!
¿por ventura esos salones,
esos frecuentes saraos
que la sociedad inventa
y de buen tono llamamos,
pueden hacerme olvidar
mi dulce sueño pasado?
¡Oh, no! la ciudad me hastía,
ven conmigo, niña, al campo,
que allí mi bien se comprenden
los pechos enamorados:
el campo amores nos brinda,
la ciudad nos guarda engaños,
y es difícil evitar
cualquiera tropiezo amargo...
por eso cuando pronuncias
á mi oido un «yo te amo,»
creo que es sueño tal dicha,
y pienso que estoy soñando.

Ayer, hoy y mañana.

Pajarito que lijero
vas cruzando por el aire;
lleva á mi niña un suspiro
y no lo digas á nadie
(Enrique Ceballos.)

I.

Ayer por la vez primera
al declinar de la tarde,
en mi tus ojos clavaron
su mirada penetrante.
Yo no sé lo que sentí
ni lo que hiciste al mirarme;

solo sé que sufrí mucho,
porque al corazon amante
entonces no le era dado
sus penas comunicarte.

Desde entonces, vida mia,
te contemplo en todas partes;
si duermo, contigo sueño,
si estoy despierto, tu imàgen
en donde fijo la vista
miro al punto retratarse,
con esos ojitos negros,
negros como los pesares,
con esos lábios de grana
y esa sonrisa de ángel.

Desde entonces, cuando el áura
de Abril, la fragancia trae
de las flores que á su impulso
benéfico se entreabren,
esclamo con tierno acento:
«áura pura y refrescante,
lleva á mi niña un suspiro
y no lo digas á nadie.»

II.

Hoy que tus ojitos negros
tan espresivos y amantes
me muestran en sus miradas
de amor las tiernas señales;
hoy que auyentas mi tristeza
y que premias mis cantares
con tu graciosa sonrisa
tan pura cual la del ángel,
cifro toda mi ventura
hermosa mia en mirarte,
en contemplar tus encantos
y en ellos niña embriagarme.
Por eso si de tu lado
estoy, hermosa, distante,
cuando veo un pajarillo
que alegre cruza los aires,
le digo: vuela ligero,
vuela si, y en un instante
mensagero de mi amor
rápido tus alas bate,
lleva á mi niña un suspiro
y no lo digas á nadie.

III.

Mañana, cuando surcando
los embravecidos mares,
deje mi pátria querida
y en ella mi amor constante,
en el clima americano
entonaré mil cantares
á la niña de ojos negros,
negros como mis pesares.
En mi corazon hermosa,
impresa llevo tu imágen;
por tí ambicionando gloria
cruzaré los anchos mares,
y desde el ignoto mundo
que el osado navegante
descubrió para Castilla
despues de tantos afanes,
al par que cante su gloria
y la fé de nuestros padres,
y de nuestra pátria heróica
los altos hechos brillantes,
por tí tambien dulce prenda
daré al viento mis cantares.

Desde allà, cuando la brisa
sienta al declinar la tarde,
la diré con tierno acento:
«tú que recorres los valles,
tú que acaricias las flores,
tú que cruzas el Atlante,
tú, brisa, que vas á España,
¡quién pudiera acompañarte!
lleva á mi niña un suspiro
y no lo digas á nadie.»

LA NOVIA DEL MILITAR.

Soldadito veterano:
¿qué lleva usté en la mochila?
—La ropa de municion
y el corazon de una niña.
(CANTAR POPULAR.)

I.

—Felices noches, patrona.
—Buen militar, felicísimas.
—Aquí me manda alojado
el alcalde, y por mi vida
que no pudo su mercé
darme mejor compañía.
Dice el militar, clavando
sus ojos en una niña,

que añade leña al hogar
sonrojada y pensativa.
—Sea usté muy bien venido;
deje fusil y mochila,
y acérquese usté á la lumbre.
—Muchas gracias, patroncita.
—Vendrá usté rendido....
—Un poco,
—Pues siéntese. Tú, María,
sácate un jarro de vino,
corta un trozo de cecina
y haz al militar la cena.
—Muchas gracias. ¿Esta niña
es hija de usté, señora?
—Si señor; la pobrecita
siempre está triste.
—¿Qué tiene?
—Qué ha de tener? ¡pobre hija!
Hace un año que su novio,
guapo muchacho, entró en quintas,
cayó soldado, y se fué
á servir al rey; ¡por vida!
—Patrona, ¡cuantas padecen
por esa causa!
—La mia

se está quedando en los huesos;
se apasionan estas chicas
de una manera....
—Patrona,
esa es muy mala comida!
yo tambien dejé en mi pueblo
llorando una morenilla....
—Pero al fin y al cabo, ustedes
por esas tierras olvidan. ..
—¡Olvidar! cá, no señora!
¿si eso fuera, llevaría
como ahora llevo, patrona,
muy guardada en la mochila,
la ropa de municion
y el corazon de una niña?

II.

—Ya está en la mesa la cena.
—Pues á cenar en seguida.
Siéntese usté militar
al lado de mi María.
—Yo no tengo gana, madre.
—Te estás quitando la vida!
—Eche usté penas afuera,

y animese, patroncita.
—Anda, que mientras cenamos
los tres juntos, hija mia,
nos contarà el militar
sus glorias y sus fatigas.
—Vamos, pedazo de cielo.
—Ya parece que se anima.
Empiece usté, militar,
cuéntenos usté su vida.
—Allá vá, punto por punto,
patrona. Yo entré en la quinta
del año cincuenta y ocho,
y fué tal suerte la mia,
que saqué el número uno.
—Vàlgame Dios!
—En mi vida
se me olvidará, patrona,
la tarde de mi partida.
—Militar, tiene usté madre?
—¡Ay patrona, la tenia!
al irme, de sentimiento
murió á poco.
—Pobrecita!
Llora usté?
—No he de llorar!

—Dale el pañuelo, María.
—Lo que hacer no logró el plomo
de las balas enemigas
lo consigue este recuerdo;
¡pobre madrecita mia!
Y tomando el militar
el pañuelo de la niña,
enjuga con el las lágrimas
que surcan por sus megillas;
despues de lo cual esclama:
—Patrona, ¡que fatal dia,
aquel que dejé mi pueblo!
¡Oh, las gentes conmovidas
á despedirnos salieron,
que de llantos, patroncitas!
¡Ya se van los quintos madre!
todas las mozas decian:
¡sabe Dios si volveran!
¡Ay! la Virgen los asista!
Y mientras por el camino
ibamos, volví la vista,
y allá en el alto de un cerro
llorando à lágrima viva
y agitando un pañolito
blanco, vi una morenilla.

Era mi novia, patrona,
que de mi se despedia;
desde entonces el soldado
siempre lleva en su mochila
la ropa de municion
y el corazon de una niña.

III.

—Militar; vaya un traguito.
—Muchas gracias, patroncita.
—Ha estado usted en la guerra?
—La cruz de María Luisa
que ustedes ven en mi pecho,
bien patrona lo publica.
—¡Cuánto pasaran ustedes!
—Por poco pierdo la vida!
Marchábamos contra el moro,
y para andar mas de prisa,
mandó el Jefe que en un cerro
dejásemos las mochilas;
mas los pícaros moritos
se apoderan enseguida
de ellas, y como eran tantos
y fuego allí nos llovia,

casi casi, la esperanza
perdimos; pero de prisa
llegó nuestro general,
en una mano la brida
de su corcel valeroso,
el arrojo por divisa,
y la bandera española
en la otra mano, y nos grita:
«Valientes, no desmayad,
aquí está nuestra ignominia,
en ese cerro la gloria,
quien la busque que me siga.»
y espoleando el caballo
tomó por el cerro arriba.
Y nosotros le seguimos,
le seguimos, patroncita,
y recobramos la gloria,
la gloria y nuestras mochilas.
Pero al bajar, á mi pecho
hirió una bala enemiga!
al hospital me llevaron,
y á los tres meses y un dia
regresó el pobre soldado
otra vez á la península!
—Válgame Dios, militar!

esponer asi su vida
por recuperar....
—Patrona,
no me pesa: en la mochila
toda mi gloria cifraba,
porque á la par que cumplia
como bueno con mi pàtria,
rescataba, patroncita,
la ropa de municion
y el corazon de una niña.

IV.

—Son las nueve de la noche:
enciende otra luz, Maria,
para que el buen militar
se acueste.
—Mil gracias, niña.
—Que usté pase buena noche.
—Y usté tambien, estrellita!
—Militar, se va usté pronto?
—Mañana al romper el dia.
—Y à donde vá usté?
—A Madrid.
—Y diga usté: le seria

fácil llevar un encargo?
—Lo que usté me mande, niña.
—Pues antes que parta usté
nos veremos.
—Patroncitas,
felices noches.
—Muy buenas.
—Ahí se queda mi mochila;
tengan cuidado con ella,
pues que guarda todavía
la ropa de municion
y el corazon de una niña.

V.

Tram, rataplam.
—Militar.
—Qué quiere usté, patroncita?
—Que se reunen en la plaza
todos, y empieza la lista.
—Quede usté con Dios, patrona!
¿Me da usté su encargo, niña?
—Si señor; allà en Madrid,
en la cuarta compañia

del primero de Segorbe,
pregunte por Juan Medina;
dígale usté si se acuerda
aun de la pobre María,
y déle este pañolito
que para él bordé.
—¡Por vida...
me está usté haciendo llorar!
¡Esto es querer! patroncita,
quedará usté satisfecha:
y sabe que mientras viva
puede disponer de mí.
—Gracias, militar!
—¡Ay niña,
que dichoso debe ser
el soldado Juan Medina.
—¡Tal vez me haya olvidado!
—¡Olvidado! usté delira!
No le he dicho á usté que todos
llevamos en la mochila
la ropa de municion
y el corazon de una niña?

—

A poco rato el soldado
unido á su compañía,
se aleja triste del pueblo,
dó halló tan franca acogida.

CONSTANCIA.

Cada vez que veo la mar,
aumento tiene mi pena
al ver aquel hondo charco
donde mi amante navega.
(CANTAR POPULAR.)

I.

Hija, ¿por qué tan temprano
todas las mañanas dejas
el lecho? ¿por qué te subes
dime, niña, á la azotea?
¿Qué vas á ver desde allí?
responde: ¿por qué con pena
tornas á bajar?

—¡Ay, madre!
—Ten conmigo mas franqueza,
vamos, lucero, ¿qué hija
usa de tanta reserva
para su madre? sepamos
de una vez lo que te aqueja.
—Pues bien, todas las mañanas
ya que en saberlo se empeña,
apenas el sol estiende
sus rayos sobre la tierra,
en una esperanza fija
subo á ver el mar.
—Qué idea!
—Por el lejano horizonte
tiendo la mirada inquieta,
ansiando ver, madre mia,
aparecer una vela.
—¡Hija! qué es lo que me dices?
es verdad? ¿á quién esperas?
—Espero á mi corazon
que en esos mares se encuentra.
Yo se lo dí á un marinero
un dia de primavera,
orillita de la playa
envuelto en una promesa.

Mucho el marinero tarda;
quizàs, ¡ay madre! no vuelva;
mas espero, y la esperanza
algun ánimo me presta.
Por eso todos los dias
me dirijo à la azotea,
desde allí la mar diviso,
mas torno à bajar con pena,
al ver aquel hondo charco
donde mi amante navega.

II.

Dos años há que la niña
en vano la vuelta espera
del hombre á quien le jurára
pasion amorosa y tierna.
Dos años há que sus ojos
derraman líquidas perlas;
dos años que sus mejillas
marcan del dolor la huella,
y dos años que la madre
al contemplar su tristeza,
al cielo pide el remedio
que calme su angustia fiera.

Pero à la niña no bastan
de la madre las ternezas,
ni en distracciones alivio
su fiel corazon encuentra.
Un dia la pobre madre
asi dijo à la doncella:
—Animo, hija mia, ànimo;
abandona esas ideas;
quizás el hombre que aguardas
olvide en lejanas tierras
inconstante como todos
sus amorosas promesas.
—¡Ay madre, mi madrecita,
siento agotadas mis fuerzas!
—Hija, tú quieres matarte
y matarme; no seas nécia,
olvida ya esa pasion
que puede serte funesta.
—¡Es inútil, madre mia!
—Saca fuerzas de flaqueza,
olvídalo ya.
—No puedo;
y aunque mucho me atormenta
la duda, primero, ¡ay, madre,
que yo olvidarle pudiera,

su luz faltára á ese sol
que ilumina nuestra tierra,
y el agua á aquel hondo charco
donde mi amante navega!

III.

Doblando están las campanas,
las campanas de la iglesia;
sus tristes dobles pregonan
que un alma dejó la tierra.
¿Quién ha muerto, quién ha muerto?
¡ay, la infelice doncella,
que enferma de mal de amores
dos años lloró la ausencia
del hombre, á quien en la playa
un dia de primavera
el corazon entrególe
envuelto en una promesa!
¡Pobre niña, ya no sube
cual un tiempo á la azotea,
ansiando en el horizonte
descubrir las blancas velas
del leño que se confia
á las olas turbulentas!

Llorando queda la madre,
nada á la infeliz consuela,
y amargamente suspira
y sus pesares lamenta.
Y mientras siguen doblando
las campanas de la iglesia;
las mozas una corona
de rosas y de azucenas
preparan, para adornar
humildemente con ella,
las sienes de aquel cadáver
un tiempo hermosura esbelta.
Si alguien se acerca y pregunta
de que ha muerto la doncella,
oid las tristes palabras
con que podeis dar respuesta:
«Ha muerto de mal de amores,
fué constante en sus promesas,
lloró la infeliz dos años,
y fué en aumento su pena
al ver aquel hondo charco
donde su amante navega.»

LA PRIMAVERA.

Ven hermosa serrana,
ven á mi selva,
que el sol por estos campos
tu rostro quema;
ven y no tardes,
que aqui hay fuentes y sombras
y amor y amante.
(CANTAR POPULAR.)

I.

Niña: la Primavera
llena de encantos,
con sus galas alegre
viste los campos;
y el agua corre
en arroyos que bañan
llanos y montes.

Las flores caprichosas
de la pradera,
en sus débiles tallos
se balancean,
al tierno impulso
de la brisa, que abriendo
vá sus capullos.

—

Las aves en lo espeso
de la enramada,
cantan apenas sale
la luz del alba;
que esos cantares,
himnos son que á la aurora
lanzan las aves.

—

El sol con sus vistosos
tintes de grana,
aparece en la cima
de la montaña,
y sus reflejos
la grandeza nos muestran
del Ser Supremo.

—

Vente, niña donosa,

ven á mi lado,
y gozarás la alegre
vida del campo;
ven y no tardes,
que aqui hay fuentes y sombras
y amor y amante.

II.

De la ermita los bronces
tocan á misa,
y á la ermita afanosas
corren las niñas;
que el señor cura
no quiere que al precepto
falte ninguna.

—

Por aqui vá una moza
de ojitos negros,
el corazon robando
de los mancebos;
por alli otra
con ojitos azules
como la gloria.

—

Apenas terminada
sea la misa,
à la puerta del cura
tenemos rifa;
y por la tarde,
bajo los altos olmos
tenemos baile.

—

Ven á gozar del campo
la vida alegre,
y no temas, mi vida,
que el sol ardiente
queme tu rostro,
que ofenderse no pueden
un sol con otro.

—

Vente pues á mi lado
si amar te gusta;
ven y serás la reina
de la hermosura;
ven y no tardes,
que aqui hay fuentes y sombras
y amor y amante.

TUS OJOS.

Veo pasarse las horas
sufriendo siempre mi pena;
¿qué hechizo tienen tus ojos
que el corazon encadenan?
(M. M. Alcaráz.)

I.

Vecinita, vecinita,
donosa niña hechicera,
cuya sonrisa me encanta,
cuya mirada me alienta:
mi vista todos los dias

extasiada te contempla,
bien cuando riegas las flores
que crecen en tus macetas,
ó bien á la tardecita
cuando la costura dejas
y á respirar el ambiente
en el balcon te presentas.
¿Qué atractivos tienes niña,
que asi las almas sugetas?
¿qué hechizos tienen tus ojos
que al corazon encadenan?

II.

Oh! virgen de quince abriles
cuya mirada enagena;
flor del pensil de la vida,
pura, cándida gacela,
trasunto de la ternura,
emblema de la inocencia!
¡Qué hermosos serán tus sueños,
tus sueños de primavera!
¡Que nunca los interrumpan
de los celos la inclemencia!
Dios por hermosa te guarde,

Dios te bendiga por bella!
Desde mi balcon admiro
tu gracia y tu gentileza,
mas nada decirte puedo
por temor que nos sorprendan,
y miro pasar las horas
sufriendo siempre mi pena!.....
¿qué hechizos tienen tus ojos
que al corazon encadenan?

ANTON EL DE LOS CANTARES. (1)

Á DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Anton: el cantor del pueblo,
el de los fecundos valles
en donde el sol de Vizcaya
sus rubias hebras esparce;

(1) Esta composicion, que por un error involuntario ocupa este lugar, debió colocarse la primera de la segunda parte, como introduccion á losCantares. Conste, pues, que este fué el ánimo del autor.

tú, que cantaste á la sombra
de los *guindos* y *perales*,
allà en la *casita blanca*
donde nacieron tu padres;
tú que encuentras mil historias
en las coplas populares;
tú que con ellas has hecho
admirar lo noble y grande,
perdóname si atrevido
hoy dirijo mis cantares,
al cantor de las doncellas,
de los niños y las madres.
Á aquel que un tiempo bajaba
los domingos por la tarde
à cantar en las *alegres*
praderas del Manzanares;
al que con su dulce canto
todas las almas atrae,
al inspirado poeta
Anton el de los cantares.

II.

Allá en mis primeros años,
oí en boca de mi madre
cuando en su tierno regazo
adormeciame amante,
los inspirados conceptos
de los cantos populares.
Era muy niño, y cantaba,
cantaba en mis soledades
las coplas que oir solía
cantar á mi dulce madre.
¡Diez años contaba apenas
cuando leí una tarde
por primera vez, el libro,
el libro de los cantares!
Desde entonces su lectura
fué mi ocupacion constante,
sus páginas consiguieron
mas de una vez inspirarme,
y lleno del sentimiento
propio de las almas grandes,
pulsé el humilde laud,
y á cantar dime anhelante

los placeres y dolores,
las dichas y los pesares.
Y no me espreso en *floreos*
ni en palabras retumbantes,
sinó en el habla sencilla
que me enseñaron mis padres,
sin tener que rebuscar
en Diccionarios las frases,
aunque nécios me critiquen
y aunque importunos me tachen;
que yo para el pueblo canto,
y él entiende mi lenguaje,
y asi me enseñó á cartar
Anton el de los cantares.

III.

No lejos de Cartagena,
la que Scipion hizo grande;
la de las altas montañas
ricas por los manantiales
de blanca plata que ocultan
en sus entrañas feraces;
la del abrigado puerto
consuelo del navegante,

donde el mar Mediterráneo
sus ondas rizadas bate,
hay una verde campiña
á quien adorna el ramage
ya de un bosque de granados,
ya de densos olivares.
En ese prado vistoso
donde son puros los aires,
donde los rayos del sol
la leve niebla deshace,
se alza una ermita modesta
dó se venera la imágen
de la madre de María
reina del hombre y del ángel
¡Santa Ana.... dulce patrona
de esa campiña fragante!
cuántas veces de tu ermita
traspasando los humbrales,
elevé mis oraciones
á los piès de tus altares!
¡Cuántas veces en la fiesta
que las mozas y zagales
en tu honor todos los años
disponen para alabarte,
al compás de la guitarra

y entre el murmullo del baile,
coplas entoné, no llenas
de galas en el lenguage,
pero sí de corazon
y de fuego y de donaire!
¡Cuantas veces, cuando solo
divagaba por el valle,
recordaba entusiasmado
las *cantas*, (1) dulces y amantes
del poeta vascongado
que pensar y sentir hace,
del que á cantar me enseñó,
Anton el de los cantares.

IV.

Acudid en torno mio,
venid niñas y escuchadme;
yo cantaré vuestra gracia,
vuestra hermosura envidiable,
y os recordará mi canto
vuestras dichas y pesares.
Venid, al valle bajemos,
venid, que nos brinda el valle

(1) Nombre dado á los cantares en las provincias vascongadas.

con sus flores matizadas,
con sus limpios manantiales,
con el azul de su cielo,
con sus brisas y sus aves.
Yo tengo coplas de amores,
coplas de infidelidades,
yo cantaré la ternura
y el cariño de las madres,
de la cándida doncella
las ilusiones fugaces,
la virtud de las esposas,
la pasion de los amantes,
y todo cuanto merezca
por lo sublime ensalzarse.
Venid pues en torno mio,
venid niñas y escuchadme,
que me ha enseñado á cantar
Anton el de los cantares.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS POESÍAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	FÓLIOS.
Al lector.	5
A nuestra Sra. de la Caridad.	7
Lágrimas de amor.	10
Un sueño.	12
El Trovador.	15
A una rosa.	20
A una ingrata.	22
El lazo de la amistad.	23
A la memoria de mi amigo A. . . .	26
A Cartagena.	27
Oriental.	32
A la luna.	36
Lo que te quiero.	37
A las áuras.	38
Amor.	39
Ayer y hoy.	40
A los héreos del Pacífico.	44
A la niña de ojos negros.	50
Cuando nació el Redentor.	54

Amor perdido. 58
Recuerdos del carnaval. 60
A Delia. 61
A la memoria de Cervantes. 63
A un pensamiento. 65
A Julia. 66
La niña y el bardo. 70
Deseo. 76
A mi morena. 77
Recuerdo. 80
Cantares. 81
A María. 83
Amor de amores. 86
Lo que soñaba. 91
Ayer, hoy y mañana. 95
La novia del militar. 100
Constancia. 111
La Primavera. 117
Tus ojos. 121
Anton el de los cantares. 124

ERRATAS.

PAG.ª	LÍN.ª	DICE.	LÉASE.
19	15	su ventura	la ventura
22	13	fiel travador	fiel trovador
27	1	ante tu	ante la
41	8	si tú el canto	si tú el encanto
45	15	Magallanes	Juan de Juanes
57	15	que ese que	que ese niño que
59	14	una tan solo	una tan sola
78	10	su dentadura	la dentudura
92	5	blandos	blondos